

A) Arceci a - 9 - 11 Mayo 73

Partido Socialista
de Chile
Santiago

REFLEXIONES EN TORNO A UNA ESTRATEGIA SOCIALISTA PARA CHILE:--

Las exigencias de la conducción del PS y, en general, del movimiento obrero y popular, en las complejas condiciones del combate antifascista, nos obligan a un esfuerzo permanente por conferir mayores precisiones a nuestro análisis y esquemas interpretativos.

Para lograr tales propósitos, nuestra perspectiva no puede ser otra que la de buscar en la rica experiencia histórica - propia y ajena - y en la reflexión en torno a ella desarrollada, los elementos necesarios para la crítica de dicha experiencia y para su superación dialéctica, en el doble plano de la acción política y de la elaboración teórica.

Por cierto, las motivaciones de esta actividad reflexiva, no puede reducirse a la aspiración - por lo demás legítima - de explicar las razones que nos condujeron a un pasado signado tan dramáticamente por el fracaso y la tragedia.

Es obligación nuestra trascender la simple reconstrucción crítica del pasado y tratar de avanzar en la clarificación de las opciones políticas futuras para, a partir de las mismas, otorgar sentido a la acción contingente.

Estas consideraciones me han impulsado a intentar un esfuerzo de reexposición y profundización de las líneas fundamentales de un proyecto estratégico o propuesta Socialista para Chile, entendido como formulación provisoria y general y, por tanto, necesariamente susceptible de enriquecimiento y rectificaciones. Dicha reexposición va precedida por algunas breves consideraciones sobre nuestra experiencia pasada, que estimo de absoluta pertinencia y actualidad, seguidas por algunas reflexiones sobre tópicos específicos, para una mejor comprensión de nuestra propuesta.

I.- Algo sobre nuestras "insuficiencias históricas".-

En diversos documentos se ha ido precisando el espectro que, a juicio de los socialistas chilenos, permiten explicar el fracaso de una de las experiencias revolucionarias más originales y complejas de nuestro siglo.

En dichas formulaciones destacan nítidamente, como factores determinantes de la derrota, la ausencia de una estrategia coherente de poder y el insuficiente tratamiento de los factores superestructurales de la formación social chilena. Es tanto por su condición de "pecados originales" /.

que, si bien no h cía inevitable la derrota, dificultaban enormemente el em-
peño revolucionario, como por ejemplo las indudables carencias en la base con-
ceptual, que hemos preferido llamarlas "insuficiencias históricas" y no sim-
plemente "errores", dejando esta última denominación para designar fallas en la
implementación del programa o en la precisión de la coyuntura.

De ambas insuficiencias - por lo demás comple-
mentarias - se desprenden muchas otras, entre las cuales, - sólo por mencionar
las más decisivas - se encuentra la ausencia de una política militar orgánica,
capaz de evitar el aventurerismo pequeño-burgués y la ilusión reformista; la ca-
rancia de una política correcta frente a los llamados sectores medios, y las im-
previsiones e inconsistencias de nuestra Política Económica.-

En otros trabajos me he referido con alguna la-
titud a estos problemas. En esta oportunidad considero más pertinente, por su
finalidad sistematizadora, señalar la relación indudable que existió entre las
referidas insuficiencias y lo que podríamos definir como la deficiencia fundamen-
tal, a la que es forzoso remitir todas o casi todas las demás. Me refiero con
ello al insuficiente desarrollo de la teoría marxista de la formación social chi-
lena en sus diversos órdenes, instancias y articulaciones. Sólo a partir de ella
era y es posible buscar respuestas rigurosas a los complejos problemas del carác-
ter de la revolución, de las vías para el avance hacia el poder y la conquista
del mismo, de la naturaleza de las alianzas sociales y políticas, del contenido
y carácter de las reformas estructurales y su sincronía con la Política Económi-
ca de corto y mediano plazo, del carácter y estructura del Estado, etc.

Como es natural, un objetivo tan ambicioso exi-
gía, de parte nuestra, una actitud resuelta y definida por transformar la activi-
dad teórica en una práctica sistemática, adoptando las medidas necesarias para
lograr el desarrollo de una "intelectualidad revolucionaria orgánica", capaz de
suministrar una base teórica sólida a las formulaciones políticas.-

La falta de una teorización seria, no sólo im-
pidió visualizar los problemas esenciales de una estrategia orientada a la trans-
formación social y a la liberación nacional, sino que convirtió los esquemas in-
terpretativos en meras racionalizaciones de posiciones ideológizantes. Esto es
lo que explica el verdadero "diálogo de sordos" ocurrido en torno de las vías
y el carácter de revolución nacional, por lo demás cardinales para el desarro-
llo estratégico.

Al amparo de esta atonía en el desarrollo de /.

La teoría revolucionaria tuvieron lugar las desviaciones clásicas de derecha e izquierda, reformistas y ultristas, caracterizadas las segundas por la asimilación mecánica de otras experiencias revolucionarias triunfantes, por su interpretación voluntarista del problema de la violencia y de las formas armadas de lucha como demiurgos de la conciencia social, por su interpretación restrictiva de las alianzas, por sus concepciones simplistas sobre la naturaleza y papel del Estado capitalista; y aquellas las reformistas, por sus inclinaciones al pragmatismo y al positivismo, expresiones de "realismo" y "sentido común", al enfoque antidialéctico de la política y de la historia; al gradualismo y a la colaboración de clases; al tecnocratismo, a la apología de la legalidad y de la democracia burguesa; a la percepción mecanicista de las articulaciones entre las diversas esferas de la vida social; así como por sus visiones, a la postre también reduccionistas y simplistas, del cambio social y del socialismo.-

Sería una tarea desprovista de sentido tratar de determinar en abstracto cual de estas dos desviaciones resultó más dañina en la colosal empresa de liberación nacional y social en que nos empeñamos.

Ambas fueron perjudiciales y ambas fueron, en definitiva, consecuencias de la debilidad orgánica, ideológica y política de los partidos conductores del proceso.

Cuestión diferente es, sin embargo, determinar cual de ambas desviaciones resultó predominante en la fase histórica concreta del Gobierno de la Unidad Popular. A este respecto hemos adelantado nuestras conclusiones. En dicha fase la desviación fundamental fué de carácter reformista.-

Como Partido y como dirigentes hemos hecho la crítica y autocrítica a esta desviación. En general, sus rasgos y consecuencias más importantes residieron en su idealización de la "plasticidad" de las instituciones del Estado de Derecho, en su versión chilena; en su interpretación meramente cuantitativa del problema de la correlación de fuerzas, haciendo abstracción de la misma en el plano militar; en el tratamiento mecanicista de las relaciones entre las determinaciones estructurales de las clases y las posiciones políticas de las mismas y en su esquematismo economicista al concebir la transformación social.

Quiere esto decir que no hubo en el proceso una desviación de claro perfil ultrazouierdista? Desconocerlo sería simplemente /.

competencia o deshonestidad política.

Pero de allí a conferir al fenómeno ultraizquierdista las proporciones y rango que permitan convertirlo en la explicación última de la desnaturalización y fracaso de "la vía político-institucional al socialismo" y de la sedicente "deserción" de las capas medias, hay una diferencia significativa.

Dos razones, en definitiva, nos conducen a reafirmar lo anterior. La primera dice relación con el carácter explícitamente declarado del proceso - político-institucional - y con las secuencias de la acción implementada, esto es, partiendo de las transformaciones socio-económicas llegar a la transformación de las instituciones políticas y del Estado y no al revés, como en el caso clásico. En este contexto de transformaciones profundas de las relaciones de propiedad y de dislocación de los mecanismos económicos del capitalismo monopolístico dependiente, el error fundamental residió en no prever la posibilidad de un adelanto de la definición del poder, como consecuencia de la ruptura del juego democrático provocado por el bloque dominante. Esta incapacidad de previsión, expresada políticamente en la negativa a considerar la eventualidad de la ruptura contrarrevolucionaria, constituyó el resultado inevitable de una desviación de carácter reformista.

La segunda razón es de orden histórico: en las tradiciones y prácticas del movimiento obrero y popular chileno, las deformaciones economicistas, clientelistas, parlamentaristas y reformistas, antecedieron cronológicamente - y con mucho - a las deformaciones ultristas pequeño-burguesas.

Así pues, a modo de resumen de estas consideraciones preliminares, cabe concluir que las desviaciones de la izquierda y derecha-ultristas y reformistas - tienen su origen común en el rezago de la práctica teórica de nuestros partidos y en su correlato orgánico- economicismo, colaboracionismo, parlamentarismo, caudillismo, etc.- En nuestra experiencia histórica concreta, sin embargo, forzoso es reconocer el papel determinante de la desviación reformista que, además de sus limitaciones y contradicciones propias, estimula la creación de premisas para el desarrollo del subjetivismo ultrarrevolucionario. Entre dichas limitaciones, ninguna nos parece tan significativa como la incapacidad de percibir la importancia crucial de una estrategia de poder en torno a la cual articular y dar organicidad a una política militar. Una limitación complementaria de la anterior reside en la incapacidad para comprender que el carácter revolucionario y la fuerza real de un bloque socio-político popular de- /

-penden, en última instancia, no sólo de un reconocimiento teórico, sino de su aptitud para organizar la rebelión contra la explotación y la dominación, tras un proyecto político estratégico para la transformación social.

Comenzamos estas líneas refiriéndonos a las motivaciones de una reflexión crítica sobre nuestra experiencia.

Si bien constatamos la presencia de fenómenos como el izquierdismo y el reformismo en nuestro proceso político, no buscamos proceder a un falso cuantoprecipitado "ajuste de cuentas con la historia", ni conformarnos con el mero prurito -analítico y pedagógico- de establecer ejemplos paradigmáticos de desviaciones revolucionarias. Esa actitud de exigencia crítica se inspira en nuestro convencimiento íntimo de que las deformaciones reformistas continuarán siendo, por mucho tiempo, fuente de serias distorsiones en el Movimiento Popular Chileno, por lo cual resulta urgente analizar sus formas y desenmascarar sus móviles y objetivos.

II.- Líneas directrices de un proyecto socialista:-

En otros documentos hemos establecido los parámetros fundamentales de dicho proyecto. Decíamos allí que el constituye el marco general orientador de una empresa nacional y popular de largo aliento, que comienza en el combate antifascista y culmina en la transición al socialismo.

Hemos insistido de manera muy rotunda en el carácter necesariamente abierto de esta propuesta, cuya condición necesaria de aplicación y viabilidad reside, precisamente, en su carácter de creación colectiva y permanente de todas las fuerzas que están por el socialismo y no sólo de las del Partido Socialista.

Variados son los componentes o factores de un proyecto tan complejo. Por razones no solamente expositivas, sino por la necesidad de ir avanzando en la profundización de sus diversos aspectos, creemos pertinente distinguir en él, diversos planos o dominios.-

En razón de ello, más que una mera repetición de enunciados generales, estimamos conveniente intentar un esfuerzo de sistematización, orientado a precisar los supuestos básicos, los requisitos e instrumentos, los medios y las finalidades y agentes de nuestro proyecto histórico.-

Supuestos básicos:-

El primer supuesto es relativamente obvio y constituye, por así decirlo, el "requisito de existencia" del proyecto nacional y po- /.

cular de liberación y transformación social. El dice relación con el reconocimiento de la necesidad de contar con una concepción estratégica general.

No por sí sola deja de ser esta cuestión altamente problemática, toda vez que ella supone contravenir una práctica firmemente arraigada en nuestro medio político y en nuestra mentalidad, cual es la de situar el énfasis en las decisiones coyunturales. Por lo mismo ella exige vencer la desconfianza innata que existe por toda digresión sobre objetivos no inmediatos o concretos y por toda planificación no escrita en nuestra actividad inmediata.

Afortunadamente, nuestra trágica historia reciente, proporciona los mejores argumentos en favor del desarrollo de una meditada y profunda concepción estratégica, basada en sólidos principios metodológicos.-

Resulta de este modo indispensable la producción de un instrumento orientador, capaz de trascender la experiencia inmediata o la práctica consagrada; un instrumento que permita integrar, dando sentido y jerarquía, la enorme masa de datos de la realidad directamente perceptible. Dicho instrumento, basado en la teoría marxista del desarrollo histórico y la transformación social, en la experiencia del pasado sometida al tamiz de la crítica y en la actividad práctica de vanguardias y masas es, precisamente, el proyecto social transformador.-

Naturalmente, la existencia de tal instrumento, aún concebido sobre la base de una teorización rigurosa, no pone totalmente a resguardo de reveses y equivocaciones, ni constituye un "seguro de vida" contra el fracaso. Pero sin duda, su existencia y la seriedad en su formulación, aumenta las posibilidades de éxito de la empresa revolucionaria y constituye la mejor garantía de organización y ejecución de una poderosa voluntad colectiva de cambio.-

Esta voluntad, afirmada en la conciencia de su necesidad histórica, representa el segundo supuesto del proyecto estratégico. Sin la existencia de una irrevocable determinación política de luchar por la conquista del poder del Estado para las masas trabajadoras, única garantía de irreversibilidad de las transformaciones, no habrá motivo para la elaboración de un proyecto que, si no ha de contar con una de las condiciones más importantes de su implementación - la voluntad colectiva de cambio - carecería de razón de ser.

Si hubiera que pasar revista a las motivacio- /.

-nos de una propuesta como la que planteamos, una bastaría para dejar el resto referidas a un segundo plano; la conciencia de la magnitud del fracaso experimentado por nuestros partidos y el pueblo de Chile en 1973. De la dolorosa experiencia recordada surge distinto el imperativo de desarrollar al máximo nuestras propias potencialidades de análisis, para así remontar más rápidamente la pendiente de frustración y abatimiento, reconstruir la confianza del pueblo en sus propias capacidades y en las de sus destacamentos dirigentes, recuperando la iniciativa social y política tan gravemente deteriorada.-

Pero existen otras motivaciones no menos importantes. Como hemos expresado, la primera proviene del convencimiento que nos asiste de que el fracaso de 1973 constituyó algo más que la frustración de una gran esperanza revolucionaria. El marca el colapso brutal de un proyecto político y de una práctica política y la refutación categórica de una forma de concebir la dialéctica social y el proceso de transición.-

La segunda encuentra su fundamento en la idea, apoyada en la experiencia histórica, de que el proceso de liberación nacional y social ha pasado a adquirir las características de una "larga marcha" plagada de enormes obstáculos, cuya recalculación exitosa exige el desarrollo, a un nivel muy superior, de nuestra capacidad de pronóstico y planificación estratégica.-

Requisitos e instrumentos:

Dos son los requisitos fundamentales de nuestra propuesta. Productos de una vasta experiencia, ellos han sido verificados en la suprema prueba de la derrota y de la resistencia antifascista.-

El primero dice relación con la necesidad irrenunciable de preservar y profundizar la unidad de acción y el potencial de liderazgo social y político de la clase obrera. Expresión y garantía de dicha unidad y de su desarrollo ascendente es la unidad de los grandes partidos de la clase obrera, la unidad socialista-comunista, entendida no como un simple dato, sino como logro histórico y como proceso dialéctico de emulación y crítica fraterna, que ha de estar animado por la conciencia clara de las especificidades y raíces históricas diferentes de ambos vertientes fundamentales de la conducción obrera y popular y por el rechazo a toda concepción esquemática de su interacción y convergencia.

El segundo requisito se refiere al desarrollo cuantitativo y cualitativo de la fuerza propia del movimiento obrero popular, /.

base y sustentación de la autonomía política de la clase obrera y su puesto de su ascensión al nivel de clase dirigente nacional. Consecuentes con este planteamiento hemos afirmado repetidamente la vigencia de la Unidad Popular como instrumento básico de una voluntad popular, unitaria, nacional y revolucionaria y como coalición política representativa de vastos sectores sociales, unidos por una común aspiración democrática, libertaria y socialista. Pero simultáneamente hemos alertado sobre los peligros de incurrir en actitudes contemplativas frente a las deficiencias políticas y orgánicas que frenan su ascenso a superiores niveles de representatividad social, conducción política y movilización de masas.

Pero tratándose de los requisitos de una propuesta estratégica, indispensable resulta centrar la atención en el instrumento político por excelencia, estos, en la instancia creadora y animadora del proyecto estratégico: el Partido Revolucionario de la Clase Obrera.-

Al respecto ya hemos avanzado algunos criterios generales, no extraídos ciertamente de divagaciones abstractas, sino de nuestra experiencia colectiva de 45 años de lucha y, en lo personal, de mi experiencia como dirigente máximo del socialismo chileno en el período más apasionante y dramático de su existencia.

En nuestra concepción preliminar de Partido hemos hecho incapié en tres componentes o aspectos esenciales que inciden de modo determinante en la conformación del carácter y estilo partidarios. Dichos aspectos son: los principios o bases de la orgánica partidaria, la ideología y la práctica teórica del Partido y, en estricta relación con ella, su definición frente a los problemas cardinales de la época contemporánea, que podemos denominar globalmente como la posición o perfil internacional de nuestra organización revolucionaria.

Cada uno de estos ingredientes exige, por su complejidad, un tratamiento extenso, serio y sistemático. En esta versión nos limitaremos a señalar tan sólo sus aspectos medulares, en torno a los cuales deben articularse las proposiciones específicas.-

Así, por ejemplo, en relación con los principios o bases de la organicidad partidaria, el debate debe girar por fuerza en torno a la concepción del centralismo democrático, es decir a la doble y simultánea exigencia de la centralización del mando con el mantenimiento y desarrollo de la democracia en la vida interna partidaria.-

La concepción leninista del centralismo demo- /.

-crítico no debe ser objeto de deformaciones y simplificaciones.

En primer lugar, ella no constituye un patrón ríido, standard, una suerte de específico farmacológico con una composición pre-establecida de sus ingredientes básicos.

Es esta una interpretación mecanicista y dogmática de la orránica partidaria. Ella tiene, una versión que no por menos protesa de ser igualmente errada: nos referimos a aquella que consiste en pretender imitar - por la vía de la copia o de la adaptación forzada- casos concretos de práctica del centralismo democrático, invocando para ello la autoridad de partidos vanguardias en experiencias consolidadas de transformación social. A nuestro juicio, estas concepciones tienden a ignorar cuestiones de fundamental importancia, a saber:

a) Que las categorías del centralismo y la democracia, lejos de constituir antinomias cerradas, constituyen momentos dialécticamente conectados de una práctica compleja que supone, simultáneamente, legitimidad de las instancias centralizadoras, existencia de mecanismos controladores democráticamente generados y método en el ejercicio de la democracia partidaria;

b) Que la dialéctica centralismo-democracia no puede ser reducida a fórmulas simples;

c) Que la democracia y el centralismo en la vida del Partido no escapan a las determinaciones, límites y posibilidades del contexto socio-histórico concreto. Con esto queremos significar dos cosas: por una parte, que las formas específicas de centralismo y democracia deben guardar referencia al lugar y condiciones de la lucha; y por otra, que la síntesis de ambos momentos, esto es, la práctica concreta del centralismo democrático no está dada de una vez y para siempre. Ella requiere un desarrollo o perfeccionamiento, derivado de la influencia que el avance de las ciencias de la organización y la dirección ejerce sobre el funcionamiento de las instituciones.-

d) Que el problema de las relaciones entre centralismo y democracia en el funcionamiento del partido, excede con mucho al ámbito interno de la organización. La forma de expresión de ambas categorías y de sus relaciones mutuas contribuye en alto grado a configurar la imagen externa del Partido la que, a su vez, constituye un factor determinante de su audiencia y ascendiente social. Como es fácil comprender, para un partido que aspira a asumir un rol dirigente, a constituirse en el animador central de una ambiciosa propuesta para el rescate y profundización de la democracia y para el avance /.

hacia la liberación nacional y el socialismo, esta cuestión es fundamental.- Aunque no convirtamos la idea de que el conjunto de estructuras, relaciones y prácticas internas de un partido revolucionario debe ser el anticipo de la sociedad que aquél se propone instaurar, no es menos cierto que como instrumento de la revolución social, de la lucha por la democracia y la dignidad humana, el Partido debe evidenciar en sus procedimientos internos, en su clima humano, en la calidad de su reflexión y de sus decisiones, una aspiración constante para encarnar los valores básicos de su propuesta.

En relación con la formación ideológica y la práctica teórica del Partido Vanguardia hemos insistido siempre sobre la imperiosa necesidad de cautelar y desarrollar el quehacer autónomo del Partido Socialista; de no renunciar a la tarea de proseguir, con independencia de criterio y rigor científico, su contribución propia y original al desarrollo de la teoría revolucionaria marxista, sometiendo a la libre confrontación las formulaciones de aliados y adversarios. Por lo mismo, hemos defendido con decisión el principio de asimilar creadoramente, esto es, de modo activo y no meramente imitativo y consignista, la herencia intelectual del movimiento obrero y revolucionario mundial, evitando por igual las deformaciones particularistas o localistas y el dogmatismo escolástico.

Este es un aspecto decisivo de la práctica teórica. En el pasado, el Partido ha sido objeto, por la falta de un esfuerzo sistemático de reflexión y educación política, de olas sucesivas de influencias ideológicas, con perniciosos efectos para la coherencia de sus planteamientos y discurso.-

La única defensa posible contra la irrupción de estas verdaderas "modas ideológicas" con todas sus negativistas secuelas, reside en impulsar con decisión el proceso de reflexión teórica y de formación política de la militancia, bajo el principio de que un partido vanguardia no puede descuidar, ni menos transferir, sus responsabilidades teórico-formativas, a riesgo de perder cohesión y vitalidad, renunciando de este modo a sus posibilidades de transformarse en fuerza conductora del pueblo y la Nación.-

El tercer elemento integrador del perfil y estilo partidario es su posición internacional.-

Cuales son, a nuestro juicio, los elementos o criterios centrales de dicha concepción, que confiere a nuestro partido un sello tan particular?.-

/.

1.-En primer lugar, su autonomía ideológica y orgánica: El Partido nació y creció combatiendo su independencia frente a las grandes organizaciones internacionales de partidos obreros. El desarrollo de las relaciones internacionales -especialmente a partir de mediados de la década de los 60 - ha traído consigo la necesidad impostergable de enriquecer el contenido de dicha autonomía, a fin de eliminar sus connotaciones restrictivas, neutralistas y autarquizantes y, al mismo tiempo, desarrollar creadoramente su momento positivo, esto es, aquel que dice relación con la necesaria independencia en el diseño de sus orientaciones estratégicas y tácticas.-

2.-El Partido reconoce -a partir de su análisis de los procesos históricos- que la época contemporánea está determinada, en sus aspectos esenciales, por tres grandes factores, a saber: a)La transición del capitalismo al socialismo a escala mundial y el carácter necesariamente diferenciado de dicha transición, como consecuencial del carácter desigual del desarrollo capitalista; b)La lucha de los pueblos y naciones dominados y dependientes, sometidos a la explotación imperialista, por la autodeterminación nacional y la búsqueda de formas superiores de organización y convivencia social; y c)La lucha de la clase obrera y de vastos sectores populares en los países capitalistas avanzados, en contra de la explotación y la dominación de las burguesías monopolíticas, por la profundización de la democracia, y por la ruptura con la lógica del capitalismo en su fase monopolítico-imperialista.-

3.-En estricta relación con esta interpretación del desarrollo contemporáneo, el Partido Socialista aspira a practicar una política de cooperación y apoyo activo con las organizaciones sociales y políticas que constituyen los agentes históricos de los movimientos anteriormente mencionados, esto es, 1)el movimiento de liberación nacional de los pueblos y países sometidos al yugo colonial, semi-colonial o imperialista, 2) la comunidad de países socialistas, y 3)el movimiento obrero, democrático y socialista en los países capitalistas avanzados.-

4.-La experiencia adquirida por nuestro partido a lo largo de sus 45 años de vida y, en especial, a partir de 1973, en el campo de las relaciones internacionales, le ha permitido percibir el carácter complejo y contradictorio que presenta el avance en cada uno de estos frentes de la lucha anticapitalista y antiimperialista, por la democracia y el socialismo. Ello plantea un doble imperativo:

a)Por una parte, coadyuvar - en la me- /.

-did de nuestras actividades, poniendo de relieve el avance de las fuerzas socialistas, democráticas y antiparrialistas y de la exitosa resolución de las contradicciones en cada frente del desarrollo histórico actual.-

Este imperativo tiene su origen en el reconocimiento del carácter independiente de las luchas y avances en cada dirección y de la imprecisión, más aún, la imposibilidad, de asumir posiciones neutrales o "terceristas" en relación a los dilemas básicos de nuestro tiempo. Es, para decirlo de una vez, el imperativo de un compromiso activo con los agentes históricos objetivos de la liberación nacional, social y humana:-

b) Por otra parte, y en razón de la experiencia histórica y del carácter complejo y contradictorio del desarrollo contemporáneo, se hace necesario asumir una actitud de autonomía metodológica y política que, sin incurrir en las limitaciones de pseudo imparcialidad académica, garantice la objetividad en el análisis de esa multirlicidad dialéctica y, a partir de allí, la eficacia de la acción política emprendida en su contexto.-

5.-La síntesis dialéctica de estos criterios, en el dominio de las relaciones externas, encuentra su expresión en su forma específica de praxis política, basada en la noción de autonomía comprometida, esto es, activa y crítica, frente a las fuerzas determinantes del devenir histórico.

Esta autonomía, más que en la observancia pasiva de una tradición partidaria, debe basarse en un análisis dialéctico de la realidad contemporánea y en una involucración directa y consciente en los conflictos que caracterizan dicha realidad.

A nuestro entender, esta constituye la única posición coherente con nuestra trayectoria como partido obrero revolucionario, de masas, nacional y popular y con nuestro objetivo histórico de constituirnos en fuerza inspiradora y conductora de una ambiciosa experiencia de transformación social y renovación espiritual y moral de la sociedad; todo ello en un país dependiente, semi industrializado, situado en la esfera de influencia directa de la primera potencia imperialista del mundo.

Muchos aspectos más podrían citarse de nuestra posición internacional. Hemos preferido, sin embargo, limitarnos al problema de la autonomía, a lo menos, por dos razones:

-Primero, para no prolongar exageradamente estas reflexiones con el catálogo de nuestras posiciones en materia de relaciones /.

externas:

Segundo, por entender que la cuestión de la autonomía constituye un punto neurálgico de la actividad política -teórica y práctica - del partido revolucionario y el eje de articulación dialéctica entre el momento de lo internacional y lo nacional en su conducta y en sus móviles.

A mayor abundamiento constituye un punto en torno al cual y, no por mera casualidad, se manifiestan con singular fuerza las principales deformaciones que amenazan al socialismo chileno: el oportunismo de derecha, el voluntarismo ultraizquierdista y el sectarismo burocrático "pseudo leninista".-

Así como el primero reivindica un concepto restringido y reaccionario de autonomía, para terminar abjurando de la misma, al dictado de fuerzas pro-capitalistas y contrarrevolucionarias; el segundo vacila entre el aislacionismo y un internacionalismo tan abstracto como inoperante. El tercero, desnaturaliza la esencia misma del internacionalismo, al destituirlo de sus necesarias connotaciones críticas; al transformarlo, de instrumento de integración y convergencia de las diversidades revolucionarias nacionales, en una apologética estéril.-

Estos son, a grandes rasgos, los elementos centrales de nuestra concepción de Partido obrero revolucionario, comprendido no como una élite de cuadros político-militares, sino como vanguardia revolucionaria de masas; no como simple instrumento para el asalto del poder estatal, sino como organizador de una poderosa voluntad política colectiva, como animador de un vasto proyecto nacional, popular, democrático y transformador, orientado a establecer un nuevo modo de vida.-

Medios y finalidades:-

Sin duda, estos constituyen dos de los aspectos más problemáticos de un proyecto político para la transformación revolucionaria de la realidad nacional.-

Los puntos nodales de una reflexión acerca de los medios y los fines de la acción revolucionaria deben ser identificados, sin duda, en torno a las cuestiones ya clásicas de "las vías de la revolución" y del "carácter del proceso revolucionario".-

Por de pronto, estimamos metodológicamente /.

errada la perspectiva de análisis que tiende a reducir las opciones de la revolución chilena entre "vía pacífica" y "vía armada".-

Ello se debe, nó a que por razones acomodaticias hayamos decidido conceder a cada una de ellas concepciones estratégicas "en parte de verdad" y, en consecuencia, nos hayamos decidido por una solución ecléctica o "intermedia".-

Partir derechamente al meollo de la cuestión diremos que rechazamos los términos habituales de dicha alternativa, por entender que ellos no tienen asidero en un esquema interpretativo solvente de nuestra realidad histórica, que incorpore creadoramente la experiencia revolucionaria internacional a un análisis propio, original, de la transformación social, en un contexto o situación específica, como es el de nuestro continente y el de nuestro país.-

Como ya lo hemos dicho: el pensamiento de los partidos obreros chilenos se había bifurcado, en el curso de las dos últimas décadas, en la aceptación ya sea de la "vía pacífica" o bien de la "vía armada", como caminos de acceso al poder. Ambas alternativas, concebidas como excluyentes, carecieron de un desarrollo teórico político riguroso. Su aceptación o rechazo se hizo sobre la base de análisis que hoy tendríamos que calificar de elementales, de la imitación de otras experiencias, de elaboraciones ajenas y, en parte también, de intuiciones políticas expresadas en una suerte de "sentido común revolucionario".-

Estas líneas sintetizan sólo lo esencial de nuestra crítica a las formulaciones "históricas" acerca del "problema de las vías" en el movimiento popular chileno.-

Nuestro rechazo a los términos habituales de la alternativa -"vía armada o pacífica"- no proviene exclusivamente de la crítica a las simplificaciones u omisiones que están en su origen. El proviene, en grado menor, de la conciencia que nos asiste de que dichas opciones estratégicas están históricamente asociadas o enunciadas sobre el carácter y los objetivos de la revolución nacional, que carecen de la debida fundamentación teórica. Estos enunciados encuentran su expresión sintética en la falsa alternativa de "revolución democrático-burguesa" o "revolución proletaria".-

Consideramos que la tesis basada en el par "vía pacífica-revolución democrático-burguesa", es equivocada por las siguientes razones:

/.

1) Involucra un error de consideración en la interpretación de la evolución histórica del capitalismo en nuestros países, al ignorar su carácter dependiente.

Como consecuencia de ello insiste en gobrevalar la incidencia económica, social y política de las estructuras y relaciones de producción precapitalistas, sin advertir que el desarrollo del capitalismo como sistema mundial y del imperialismo como patrón de las relaciones económicas internacionales, ha conducido al debilitamiento, subordinación y transformación paulatina de dichas estructuras y relaciones, sometiendo a la lógica de un desarrollo capitalista de nuevo tipo, esto es, "dependiente".-

2) Como consecuencia de lo anterior, esto es, de la casi absoluta pérdida de autonomía de las burguesías y del surgimiento de "polos" sociales y políticos alternativos -clase obrera, partidos obreros, etc. - no sólo el impulso revolucionario de la burguesía ha llegado a desaparecer sino que se ha hecho anacrónico. Conjuntamente con la desactualización del programa jacobino de la burguesía y con la transformación de esta clase en "dominante dominada" se ha reducido un aumento de audiencia social para proyectos no-burgueses de cambio revolucionario.

3) Los defensores de la tesis de la revolución democrático-burguesa incurren en una evidente deformación determinista de sello economicista. Esta deformación proviene de una interpretación errónea de las estructuras y relaciones fundamentales de la formación socio-económica, pero alcanza su expresión concreta en la aceptación de un límite preestablecido del proceso de transformación (transformaciones democráticas) y de un carácter forzosa-mente burgués del sistema de dominación y del estado encargado de implementarlo. En otros términos, de la aceptación de un capitalismo embrionario semi-colonial, con fuertes enclaves pre-capitalistas, se infiere la necesidad de conceder el liderazgo social y político a la "burguesía democrática".-

De más está decir que este enfoque se haya en oposición con una concepción verdaderamente dialéctica de la interacción entre la instancia estructural o base de la formación social y la instancia superestructural político-ideológica. Dicha concepción, dialéctica, antideterminista y antieconomicista, se caracteriza no sólo por la aceptación de una significativa autonomía de la superestructura sino, además, por la idea de que el contenido del proceso de transformación social no se agota en la mera esfera de lo socio-económico.

4) Las detorsiones economicistas de los partidarios de la revolución "democrático-burguesa" encuentran su complemento en los errores observables en la tesis estratégica de la "vía pacífica". En este plano de la teorización se procede a una extrapolación de la experiencia europea, no sólo histórica sino geográfica y de clase. El núcleo central de argumentación reposa en la premisa de una burguesía nacional, animada por un espíritu democrático, progresista y transformador nudo, a la cabeza de una vasta alianza de fuerzas sociales, ocupar el aparato del Estado y utilizarlo para impulsar un proceso de cambio democrático, antioligárquico y antiimperialista.-

Sin ánimo de prolongar estas observaciones podemos decir:

-Esta tesis adolece de un error de contexto histórico, por cuanto hace referencia a una burguesía democrático-revolucionaria inexistente y a una alianza oligarquía-imperialismo superada por el desarrollo histórico. El "socio" principal del actual imperialismo no es ya la vieja oligarquía agrario-minera y comercial, en proceso de rápida transformación extinción, sino la burguesía monopólica organizada como capital financiero dependiente.

-Esta tesis contradice la experiencia histórica concreta. Por una parte, cuando fracciones burguesas han liderizado el proceso de cambio en América Latina, este nunca ha adquirido el carácter de una revolución verdadera, esto es, consecuentemente democrática y antiimperialista.

Por otra parte, en el caso de Chile, - que constituye a no dudarlo, el experimento crucial de la vía pacífica - el proceso de transformación, verdaderamente democrático y antiimperialista, estaba liderizado por los trabajadores, bajo una ideología de clase, con un proyecto político estratégico de orientación socialista. El resultado constatado - la derrota - tuvo su origen en la inconsistencia fundamental de la experiencia, esto es, de la línea "vía pacífica" en su expresión concreta chilena. Tal inconsistencia se expresó en la factibilidad de una imitación, por parte del proletariado, del modo de ascenso a la dominación seguido por algunas burguesías europeas. esto es, ocupar institucionalmente el aparato del Estado, para impulsar el proceso revolucionario, sin desencadenar una reacción violenta de las clases afectadas.

Alguien podría aducir que el error fundamental no es imputable a la concepción de la "vía pacífica" en si misma sino, más bien, al error de extender su validez más allá del límite natural de su factibilidad, esto es, más allá de la fase democrático-burguesa de la revolución na- /.

-cional.-

Suponiendo que tal fase sea claramente discernible en un proceso bajo liderazgo proletario, esta observación conduce a un callejón sin salida, toda vez que la vigencia de la "normalidad institucional" -ingrediente esencial de la "vía pacífica"- pasa a depender exclusivamente de la tolerancia o ingenuidad de la burguesía.

Así no cabe sino condenar a la dirección revolucionaria por no tener la "sensatez" o el "realismo" de reducir las transformaciones al límite permitido por la burguesía, evitando el quiebre institucional. En otras palabras: por no comprender que la asunción del rol de conductor por la clase obrera debe estar limitado rígidamente al calendario de las transformaciones "democrático-burguesas", más allá del cual sólo quedan en pie dos salidas; reducir los devaneos revolucionarios y llegar a un "compromiso" o asumir las consecuencias de una conducta principista. La crítica a las tónicas estratégicas apoyadas en el par "vía armada-revolución socialista" puede ser desarrollada eficazmente como contrapunto de la crítica anterior.

El izquierdismo voluntarista, epígono de la "vía armada", cultiva dos variantes justificadoras:

-Según la primera de ellas el clientelismo, el reformismo y los beneficios económicos otorgados por el sistema capitalista subdesarrollado, pese a sus limitaciones, han adormecido la conciencia en la clase revolucionaria por excelencia, la clase obrera; esta ha sido incorporada en grado considerable al establishment urbano-industrial, convirtiéndose en clase "privilegiada". De allí la necesidad de recurrir a la movilización de las clases y fracciones no incorporadas al sistema -campesino pobre, proletariado agrícola, sub-proletariado urbano - para emplearlos como desestabilizadores del mismo y detonadores de una "revolución de los excluidos" destinada a "contagiar" el resto de la sociedad. Es la variante en que la vía armada reviste la forma de la guerra de guerrillas, en que su fase superior se transforma en guerra popular.

-En la segunda hay implícito un análisis simplicatorio del proceso de desarrollo histórico. La formación social está dominada por relaciones de producción capitalista, lo que determina el liderazgo obrero de las clases dominadas y la implementación de un proyecto para el "asalto al poder", en medio de una situación revolucionaria creada por la crisis económica.-

/.

El carácter catastrofista y mecanicista de ésta tesis es demasiado obvio para requerir mayores comentarios. Todo lo que podemos decir es que la irrelevancia de la ecuación "revolución socialista", "vía armada" sólo es explicable a partir de la crudeza del análisis de la formación social y de la estructura de clase en nuestro país.-

Ya nos hemos extendido suficiente en la crítica a las posiciones tradicionalmente predominantes en la izquierda chilena, caracterizadas por un marcado sello dicotómico: revolución democrático-burguesa-vía pacífica: revolución socialista-vía armada. Una vez analizada someramente la precariedad de las premisas de cada una de estas tesis estratégicas, resulta indispensable contestar a algunas interrogantes cruciales.

Trataremos de ofrecer respuestas concisas, a riesgo de sacrificar algunos matices.

A partir de la constatación de la inviabilidad de la revolución democrático-burguesa, en los países dependientes, todo conduce a concluir que el carácter de la transformación social no puede ser sino socialista. Efectivamente esta es nuestra posición, en términos generales. Creemos que ello es así, en virtud del grado de desarrollo de las contradicciones del capitalismo dependiente, incapaz de crear las condiciones clásicas de expansión económica, y de integración social y en virtud del despertar de enormes masas que ven en una alternativa socialista de desarrollo, la solución integral de dependencia, la explotación y la marginalidad.

Pero aceptar que el carácter general estratégico de la revolución sea socialista, no significa compartir posiciones que derivan en conclusiones apresuradas y erróneas.

Esto, por varias razones:

a) Creemos que la revolución social constituye un complejo proceso histórico de creación colectiva, sometido a una multitud de determinaciones provenientes de las diversas instancias de la formación social. En caso alguno resulta posible aceptar una explicación fácil, lineal, acerca de la cadena causal que desemboca en una situación revolucionaria. Así como tampoco podemos postular la repetición de coyunturas históricas específicas que han proporcionado el marco a la misma.

b) En estricta relación con lo anterior, creemos que en nuestra situación histórica concreta- en la de Chile- reducir el problema de la revolución a la conquista del poder político por la sola derrota militar del adversario de clase, constituiría un error.

Ello no quiere decir, en absoluto, que las vanguardias puedan ofrecerse el lujo de desentender las cuestiones militares y mucho menos hacer abstracción de la probabilidad cierta de la reacción violenta de las clases dominantes reaccionarias. Pero entendemos que el problema militar de la revolución debe ser encuadrado en el contexto de una estrategia política global, no pudiendo ser circunscrito a la asimilación mecánica de determinados "casos históricos".-

c) Aceptar el carácter estratégico socialista de la revolución no equivale a negar la pertinencia de una etapa previa a la transición al socialismo, etapa caracterizada por objetivos predominantemente democráticos-antifascistas, pero inserta en la secuencia histórica de la revolución nacional hacia el socialismo.-

Junto con señalar que la derrota de 1973, lejos de acrecentar la revolución implicó una grave regresión, hemos advertido acerca del peligro que implicaría inferir de aquí que la etapa democrático-antifascista debe ser liderizada por las fracciones democráticas de la burguesía reformista. Ello es incompatible con la idea que nos asiste de que dichas fracciones no están en condiciones de asegurar el logro de los objetivos de la etapa, a saber; destrucción de las bases estructurales, económicas, políticas y militares del autoritarismo fascista y desarrollo de una democracia con fuerte anclaje en la "sociedad civil", de cuya consumación exitosa depende estrechamente la ulterior marcha hacia los objetivos de la liberación nacional plena y el socialismo.

d) Sobre el sistema estatal y de relaciones políticas que ha de caracterizar la etapa de transición hacia el socialismo en nuestro país, sólo estamos en condiciones de decir que concebimos dicho sistema como fundamentado en una vasta y poderosa alianza social y política, gestada en la etapa de la democratización antifascista y de lucha por la independencia nacional y las transformaciones socio-económicas antimonopólicas y antiimperialistas. Sin pretender eludir el aspecto coercitivo de las relaciones políticas - presentes en toda organización social de clases - aspiramos a que dicho sistema se exprese en el marco de una democracia de masas, dinámica, participativa y pluralista.

Nuestra concepción del sistema de organización y de relaciones políticas en el período de transición se concentra en el objetivo de instaurar una democracia revolucionaria de trabajadores, manuales e intelectuales, democracia real y no meramente formal, democracia dinámica y eficaz, capaz de crear, en su desarrollo, las premisas para el tránsito a estadios aún más altos de convivencia, de contenido y expresión socialista.

/.

e) De lo anterior se desprende que postula el carácter estratégico socialista de nuestra revolución nacional no quiere decir que el contenido concreto de ese socialismo debe ser reducido mecánicamente a partir de experiencias revolucionarias realizadas en contextos históricos distintos.

Nuestra revolución y nuestro socialismo deben, por fuerza, constituir soluciones originales a situaciones originales, que no corresponden ni a las prevalentes en países coloniales o semi-coloniales de Asia o Africa, ni a la de los países de Europa Oriental, ni tampoco a la de los países capitalistas avanzados de Europa Occidental.

Tal revolución tiene un carácter estratégico socialista, aunque tenga como antecedente un período de lucha social y política con marcado énfasis democrático y antiimperialista. Dicho período no puede ser definido como la fase democrático-burguesa de la revolución nacional, por cuanto sus agentes sociales protagónicos, sus medios de acción, sus contenidos programáticos y sus perspectivas exceden el marco de la revolución democrático-burguesa clásica, estando inscritos en la perspectiva de una nueva forma histórica de transición hacia el socialismo.-

f) De lo anteriormente expuesto sobre el carácter y la secuencia previsible de implementación de nuestra revolución, se desprenden ciertas orientaciones generales que permiten perfilar una respuesta original a ciertas interrogantes planteadas.-

Al no ser esta revolución ni democrático-burguesa ni inmediatamente socialista, está claro que ella ha de comportar formas de implementación específicas, que no puedan ser deducidas a partir de los esquemas clásicos de la "vía pacífica" o "vía armada". En definitiva se trata de una vía distinta, que requiere nuevas formas y prioridades de acción, en ámbitos múltiples y diferenciados de la realidad social.

En términos generales dicha vía estratégica tiene como instrumento socio-político fundamental la lucha de masas en un sentido complejo, esto es económico, social, político y cultural, orientada en un primer momento a reconstruir y reforzar la organización, la conciencia y la combatividad de las fuerzas populares y a debilitar las bases sociales de sustentación de la dictadura. La reconstrucción de dicha organización, conciencia y combatividad es el prerequisite para el logro de la necesaria dinámica social y política, que en su culminación ha de llegar a permear instancias decisivas /.

del aparato estatal -incluido por cierto la instancia militar - desagregando la estructuras de dominación autoritaria-fascista y abriendo cauce a su derribo.

En lo anterior debe quedar claro que el desarrollo de "nuestra vía" deberá experimentar inflexiones, de acuerdo a las características del período histórico enfrentado. Es nuestra certeza de que la definición del poder político no puede ser circunscrita al estricto plano técnico-militar. En consecuencia nuestra política no puede, tener un sesgo militarista, ni menos aventurerista o putschista. Debe ser una política de masas compleja y multifacética, cuyos ingredientes militares - por demás fundamentales- deben guardar una relación natural, orgánica y permanente, con el total del proyecto estratégico.

Agentes sociales y ámbitos de acción:

El proyecto estratégico de la revolución nacional, popular, democrática, antiimperialista y de construcción socialista, exige, como aspecto muy central de su concepción e implementación, una reflexión seria y sistemática acerca de los agentes sociales del proceso transformador. Para decirlo en otras palabras, el proyecto transformador debe incluir una concepción clara y coherente acerca de la alianza social estratégica.

Diversos factores justifican esa reflexión y esa teorización. Por una parte, los precedentes históricos, que ponen en evidencia la correspondencia dialéctica existente entre el carácter de la revolución y la política de alianzas.

En otros documentos hemos señalado las graves insuficiencias de la política de alianzas del Movimiento Popular y su incidencia en la frustración del proceso de cambios.

Estos elementos de juicio, sumados a los derivados de nuestras actuales concepciones sobre las condiciones y perspectivas de la revolución chilena, nos conduce a esbozar nuestros planteamientos sobre la política de alianzas estratégicas del Partido basado en las siguientes líneas fundamentales:

a) El Partido debe desarrollar una concepción Política de alianzas, basada en un análisis realista y científico de la formación social del capitalismo dependiente, en su versión chilena. Ello supone la comprensión rigurosa de la estructura social y de clases en sus tendencias fundamentales, así como de las motivaciones y prácticas de clase.

b) En el pasado nuestro partido ha enunciado una concepción de política de alianzas estratégicas, inspirada en dos ideas matrices: la creación de una fuerza autónoma propia y el carácter estratégico socialista de la revolución chilena. Dicha concepción se conoció como Política de "Frente de Trabajadores"

La derrota de Septiembre de 1973 y las exigencias de la lucha antidictatorial, nos obliga a actualizar dicha política, en consonancia con la realidad social actual y previsible y con las orientaciones centrales de nuestro proyecto estratégico hacia el socialismo.

c) En este sentido partimos del postulado de que la discusión acerca de las nuevas formas y contenidos de la transición al socialismo y de la organización del Estado durante la misma, han de constituir un aspecto esencial en la implementación de esta convergencia. En particular, pensamos que en las luchas ideológicas por venir deberemos precisar, sin oportunismo ni hipocresías, las nuevas y complejas modalidades de acción de la clase obrera, en términos de una expansión sin precedentes de su capacidad de liderazgo político y de conducción intelectual y moral de la clase laboriosa.-

d) Nuestra insistencia en el carácter estratégico de la alianza social se deriva del hecho de concebirla como el "agente social pasivo" de un proyecto verdaderamente transformador. En modo alguno el énfasis puesto en el análisis de las alianzas estratégicas puede ser interpretado como síntomas de desinterés o prescindencia por las alianzas tácticas o los acuerdos políticos de carácter coyuntural.

e) Esta política de alianza estratégica tiene como plano privilegiado de ejecución, la acción en la base social, esto es, en el dominio de las relaciones directas entre y dentro de los sectores populares, en la lucha por la defensa de sus aspiraciones fundamentales, sin la necesaria mediación de acuerdos políticos de cúpula.

f) Es especial, nuestra política de alianza con "sectores medios", no obstante reconocer la importancia del factor económico comparativo, debe trascender ese nivel, para proyectarse rigurosa y eficazmente al ámbito ideológico, con un discurso desmistificador, abierto y orientador. Esto es particularmente válido con relación a las "nuevas capas medias", por su doble característica de ser un producto del desarrollo capitalista y, simultáneamente, experimentar formas agudas de alienación política e ideológica.-

g) Los sectores aliados o potencialmente aliados deben perci- /.

-bir en la clase obrera y en sus fuerzas de vanguardia una disposición y aptitud para asumir la representación de la Nación, esto es, para elevarse por sobre el nivel habitual de la defensa de intereses corporativos inmediatos. Además deben poder advertir un alto grado de coherencia entre los lineamientos básicos del proyecto estratégico y los contenidos y formas de expresión del discurso socialista. Sin esto, toda aspiración a conformar la alianza estratégica del pueblo está destinada a estrellarse contra un muro de justificado rechazo y desconfianza.

En definitiva, la clase obrera y sus vanguardias deberán someterse al exigente test de compatibilizar e integrar los intereses de los diversos sectores populares en el proceso transformador, y de articular motivaciones ideológicas no exentas de conflictos, sin renunciar por ello a contruir su hegemonía política, cultural y moral.

Esta compatibilización e integración de intereses corporativos y valoraciones ideales, bajo el principio motor de la hegemonía ideológica, cultural y moral de la clase obrera, constituye no sólo la esencia del proceso de cristalización de la alianza social estratégica, sino el pre-requisito para el desarrollo de dicha alianza y de su consolidación orgánica en un nuevo bloque histórico por el socialismo.

III.- El discurso socialista.

Un proyecto tan ambicioso como el descrito, destinado a contruir una poderosa alianza estratégica y a impulsar una original cuanto copulosa experiencia de transformación social, exige importantes cambios cualitativos en la conducción obrera y revolucionaria, a objeto de proyectar su presencia y su pensamiento, con oportunidad y lucidez, en todos los ámbitos relevantes de la vida nacional.

Tanto en el proceso de autocritica de nuestras "insuficiencias" pasadas, como en el de definición de una nueva alternativa revolucionaria, democrática, nacional y popular hacia el socialismo, hemos insistido acerca de la primerísima y fundamental prioridad que el Partido y el Movimiento Popular deben asignar a la lucha ideológica, orientada a penetrar y requiebrajar el sistema de hegemonía de las clases dominantes.

Esta lucha ideológica no tendrá por exclusiva finalidad segregarse a los sectores de la pequeña burguesía del dominio ideológico del gran capital, que constituye uno de nuestros objetivos estratégicos. Re- /.

equilibrado previo es construir la fuerza propia -orgánica, política e ideológica- de la clase obrera, también sometida a las fuerzas de atracción de ideologías burocráticas, bajo formas diversas. Pero, ciertamente, no basta la conciencia de la importancia de la lucha ideológica para que esta tenga lugar en la forma y con los resultados deseados. Es necesario, además, adquirir conciencia de la necesidad de desarrollar todo un poderoso instrumento teórico y técnico adecuado a la confrontación ideológica, en las nuevas y difíciles circunstancias por que transitamos.

En tal sentido, pensamos que la maduración de un nuevo proyecto socialista, como el esbozado en sus líneas gruesas, debe tener un correlato ineludible en el plano del "discurso ideológico".

Hasta hoy, el discurso tradicional de la izquierda ha oscilado entre el polo clasista, purista, estereotipado e ideologizante y el polo reformista, pragmático y populista, con sus inevitables ingredientes economicistas y positivistas. Dichas formas ideológicas, precisamente en virtud de su sesgo economicista y determinista, han tenido eficacia en la denuncia y en la condenación, especialmente durante fases de agudización de la lucha de clases.

Pero esa indudable eficacia en la denuncia ha tenido como contrapartida una manifiesta ineficacia, tanto en el proceso de definir alternativas concretas de desarrollo social, como en el plano de la crítica y superación de los esquemas valorativos y de las motivaciones dominantes.

Dicho de otro modo: el Movimiento Popular ha estado en condiciones de erocionar el discurso de las clases conservadoras, pero sin poder oponerle otro discurso con similar eficacia de sugestión colectiva y capacidad de crear imágenes deseables y posibles de una vida futura mejor.

Pensamos que la superación de esta atonía ideológica del Partido y del Movimiento Popular comporta una redefinición del discurso revolucionario, adecuándolo a las exigencias del nuevo proyecto transformador. Naturalmente no estamos sugiriendo un mero cambio de lenguaje para expresar las mismas o similares conceptualizaciones del pasado, ni menos una mediación de nuestras definiciones - hasta el punto que pierdan su clara orientación revolucionaria y de clase- para adaptarse a los fines de una práctica política oportunista.

De lo que se trata, por el contrario, es de que nuestro lenguaje y las conceptualizaciones que el expresa, posean una capa-

-idad acrecentada de articular su contenido crítico con eficaces interpelaciones ideológico-culturales, de tipo democrático, nacional y popular. Para ello es preciso despojarse a nosotros mismos de interpretaciones de la realidad, de todo vestigio escolástico, determinista o positivista, que atente contra su esencia crítica, dialéctica, materialista y humanista. Sólo un marxismo vivo, fiel a su tradición revolucionaria y por tanto antireduccionista, antideterminista, antidogmático, antiescolástico, puede construir el núcleo o punto de partida para la articulación de un discurso original, nuevo, renovado y realista, con un multiplicador potencial de sugerencias y de convocación.

Sólo a partir de una comprensión y de una práctica teórica del marxismo leninismo como la que mencionamos, será posible evitar el aislamiento ideológico de la clase obrera y de que asuma su rol histórico de dirigente de la Nación chilena. Sólo a partir de ella será posible que las posiciones de la clase trabajadora puedan constituir la base de integración del interés nacional, democrático y popular y que estas conceptualizaciones fundamentales, como las cristianas y nacionalistas, puedan adquirir una proyección contraria al sistema hegemónico dominante y favorable al proyecto transformador.

El objetivo estratégico de cristalizar una vasta y sólida coalición que excede los límites tradicionales de la alianza obrero-compositora, sin abandonar la perspectiva histórica del socialismo, requiere de una práctica ideológica renovada, expresada en un discurso en que la definición de clase, no dogmática ni sectaria, pueda potenciarse mutuamente con valores y representaciones nacionales, populares y democráticas. Sólo así la ideología del proletariado perderá su apariencia de cuerpo extraño a la cultura y al ser nacional.

Hemos visto que nuestras formulaciones acerca del "carácter" y "la vía" de nuestro proyecto revolucionario, no obstante rechazar la "etapa" democrático-burguesa de la misma, no implica desconocer la importancia de la lucha por la democracia, ni desvalorizar el concepto democrático como contenido esencial de las relaciones políticas.

Muy por el contrario: la valoración de la vigencia de los principios democráticos y su permanente desarrollo y enriquecimiento, deberá constituir un aspecto substancial de nuestra concepción estratégica por razones diversas pero, en el fondo, concomitantes:

- Porque la lucha por la democracia y por su desarrollo es el ámbito en que más eficazmente pue-

-de la clase obrera poner a prueba sus aptitudes conductoras y por tanto, materializar sus objetivos políticos;

-Porque la lucha por una real democracia apunta cada vez más a trascender su significado como sistema de dominación burguesa y a cuestionar las bases estructurales de dicha dominación;

-Porque, históricamente, el desarrollo de las instituciones democráticas y más que eso - de una vida democrática -, no constituyen un monopolio de la iniciativa burguesa y mucho menos en las actuales circunstancias; y

-Porque nuestra concepción del estado y de las relaciones políticas durante la transición al socialismo, lejos de considerar la supresión de la democracia debe contemplar su vigoroso desarrollo, como traslación al orden político y del carácter liberador y desalienador de las nuevas relaciones sociales.

Todo lo anterior, esto es, el énfasis en una concepción original de la transición al socialismo, sino nacional, a lo menos con vías o métodos peculiares; el acento en la autonomía -aún con la calificación de "comprometida" - de la vanguardia revolucionaria; la valorización de la democracia como factor estratégico en la lucha por el socialismo; la importancia concedida a la readecuación del discurso ideológico, para articularlo con interrelaciones diversas, que aumenten su capacidad de convocación, etc.etc., parecerán sugerir una inflexión "eurocomunista" en nuestras concepciones políticas. Estamos conscientes de la tendencia que existe en sectores de la izquierda chilena a incorporar, sin el necesario esfuerzo crítico, categorías y esquemas de análisis surgidos en el marco de la lucha política europeo-occidental. Tal asimilación fuera de contexto bien podría constituir el prelude de una nueva "moda ideológica" destinada, como las anteriores, a disfrazar la impotencia teórica y la ausencia de una meditación seria sobre nuestra situación concreta.

Desde luego, lejos estamos de subvalorar ni menos rechazar a priori ciertos aportes teóricos del marxismo post-leninista que han venido a suplir ciertas lagunas del discurso clásico abriendo nuevas perspectivas a la reflexión y a la acción políticas. Nos referimos, en especial, a ciertas formulaciones gramscianas relativas a la superestructura ideológica de la formación social que, en la mejor tradición leninista, han conducido a contravenir la tendencia de la teorización ortodoxa y de la deformación stalinista a la hipostasía de la base económica, possibilitando así el reencuentro con /.

el enfoque dialéctico, antieconomicista y antideterminista del auténtico marxismo.

Idifícil resulta no apreciar en la búsqueda de Gramsci un componente popular y consensual hasta hoy no presente en el discurso revolucionario, así como su rechazo al "sentido común" basado en la realidad social descriptiva, caballo de batalla de las deformaciones pragmáticas de la teoría marxista.

El uso que hemos hecho de categorías tales como hegemonía, bloque ideológico, sociedad civil, de clara impronta gramsciana, no implica sino su aceptación como conceptos analíticos generales. En modo alguno implican suscribir en globo su concepción estratégica, expresada en el símil militar de "guerra posición" y menos aún, suscribir las concepciones tácticas de los partidos comunistas llamados "eurocomunistas" que se reclaman de la herencia intelectual de Gramsci.

Aunque en otra oportunidad nos extenderemos específicamente sobre este tema dos razones, en general, bastarían para invalidar una incorporación mecánica de las concepciones eurocomunistas al contexto latinoamericano y chileno:

-Por una parte, el desarrollo de la sociedad civil, de los aparatos de hegemonía, que supone la concepción gramsciana, guarda relación con el grado de desarrollo histórico general alcanzado por la sociedad europeo-occidental. Ignorar este hecho significaría hacer abstracción del principio de determinación, en última instancia, de lo económico e incurrir en una hipostasis de signo contrario a la del economicismo, expresada en la autonomización casi absoluta de la instancia superestructural.

-Por otra parte, el proceso de remodelación de las relaciones de producción e intercambio capitalista a escala mundial, que tiene lugar a partir de los últimos años, exige drásticos ajustes sociales y económicos en las sociedades dependientes, lo cual tiende a determinar una situación de aguda inestabilidad de los sistemas de dominación con elementos consensuales y democráticos y a su reemplazo periódico por formas indisimuladas de autoritarismo político, aún con riesgos fascistas. No es ésta, por cierto, la situación ideal para la práctica del eurocomunismo.

El Partido y el Movimiento Popular deben prestar atención a estas cuestiones, a fin de distinguir los aspectos útiles e sugerentes del análisis gramsciano, de una práctica teórica fuera de contexto que pueda servir de fundamentación a serias deformaciones oportunistas.- /.

Demás está decir que no aspiramos a que las reflexiones que acabamos de presentar constituyan un cuerpo teórico acabado, ni menos que den respuestas exhaustivas a todos los problemas aludidos.

No se nos escapa igualmente el carácter altamente polémico del campo político e ideológico en que hemos incurrido, así como la posibilidad de que nuestro análisis sea objeto de interpretaciones múltiples, bien y mal intencionadas.

No importa. Es el riesgo inevitable en que por fuerza tiene que incurrir todo dirigente político que no rehuya sus responsabilidades conductoras ni acepte, en medio de las obligaciones que aquellas le imponen, la parálisis teórica o el sectarismo conceptual.

Hemos afirmado que el Partido Socialista siempre ha sido un Partido creador. Tal vez sea esta una afirmación un tanto temeraria. Pero de lo que no hay duda es de que una buena parte de los logros del Movimiento Popular han tenido su origen en las buenas intenciones del socialismo chileno. La lucha revolucionaria exige, sin embargo, algo más que buenas intenciones. Exige constancia y método para convertir la intuición en teoría, la teoría en línea política y ésta en acción práctica. Nuestro punto de vista central es simple. Si el Partido Socialista aspira a liderar la clase obrera y las masas trabajadoras en la difícil fase histórica que atravesamos, deberá realizar un gigantesco esfuerzo, orgánico e intelectual, para transformar el debate ideológico en ingrediente normal y permanente de su actividad política. Ello supone no sólo crear las estructuras y órganos destinados a anidar esta búsqueda y ese debate, sino, además, crear el clima y los procedimientos adecuados al objetivo de aprovechar los intereses y vocaciones de nuestra militancia en este dominio.-

Las difíciles condiciones que enfrentan nuestros compañeros del interior, traslada a nuestros hombres parte importante de la responsabilidad de asegurar el desarrollo de un pensamiento socialista adecuado a nuestras circunstancias.

El Partido debe enfrentar esta tarea con decisión, con pasión creadora, pero con serenidad evitando, por igual, las tentaciones del pragmatismo, que nutre la diversión ideológica y el oportunismo político y el esquematismo, que separa de la vida y de las masas y niega nuestra razón de ser.

Alertar sobre estos peligros; estimular la búsqueda sistemática y orgánica, para avanzar en la definición de nuestra opción /.

revolucionaria y socialista; contribuir a superar la fijación y los traumas del pasado, buscando en él inspiración y fuerza creadora para enfrentar el futuro.

He aquí resumidas la necesidad y la intención de estas líneas.-

CARLOS ALTAMIRANO O.